

El campanile de San Marcos

Desplomado el antiguo campanile en la mañana del 14 de julio de 1902, el actual se reconstruyó en medio de fuertes polémicas, hasta que finalmente se impuso el sentido común

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

Catedrático de Historia del Arte. Escuela de Arquitectura, Madrid

La imagen de la Plaza de San Marcos de Venecia, acentuada por su poderoso *campanile* de casi cien metros de altura, es, probablemente, una de las postales más típicas y recurrentes de cuantas se puedan encontrar. Sin embargo, es menos conocido el hecho de que aquel *campanile* que hoy se yergue exento frente a la basílica no ha cumplido todavía un siglo de existencia pues, habiéndose hundido en 1902, no se terminó su reconstrucción hasta diez años más tarde.

En efecto, en aquella fecha se vino abajo la famosa torre, dañando de modo importante la Librería de San Marcos y las Nuevas Procuradurías, a la vez que sepultaba la conocida *Loggetta* del arquitecto y escultor Sansovino; es decir, no sólo se cayó el *campanile* sino que su ruina afectó muy seriamente al conjunto renacentista entre la Plaza de San Marcos y la *Piazzetta*.

En apenas unos segundos y poco antes de las diez de la mañana del lunes 14 de julio de 1902, bajo un sordo ruido a modo de tormenta seca y en medio de una nube de polvo, desapareció de la vista un elemento fundamental en la composición de las plazas, pues, como el alto ciprés que crece en un claustro medieval, el *campanile* emergía verticalmente sobre las construcciones inmediatas, manteniendo el equilibrio visual del conjun-



Así quedó

Montón de escombros en la Plaza de San Marcos tras el desplome del campanile, en la mañana del día 14 de julio de 1902.





El campanile hoy
Vista del campanile, tal y como puede contemplarse en la actualidad.

Antes de desplomarse
La Plaza de San Marcos y el antiguo campanile en una fotografía anterior a 1902.



to como si se tratara del atirantado de un puente.

Esta era una de aquellas lecciones que nos dejó la ciudad histórica al urbanismo moderno, según decía Camillo Sitte en su conocida obra *El arte de construir las ciudades* (Viena, 1889). Para el arquitecto vienés, "tanta belleza se encuentra aquí reunida que ningún pintor ha concebido jamás un fondo de arquitectura más bello, ni teatro alguno ha visto nunca un decorado más cautivador que el que se puede contemplar realmente" en la plaza de San Marcos.

Lo más sensato. Hasta aquí la fría crónica del suceso, la desaparición del *Campanile* y el destrozo de su entorno. La pregunta inmediata es obvia: ¿qué hacer? Ayer, como hoy, surgió todo tipo de respuestas pero ayer, con más sentido que hoy, se optó por la fórmula más sensata, que actualmente todos agradecemos, esto es, su cabal reconstrucción.

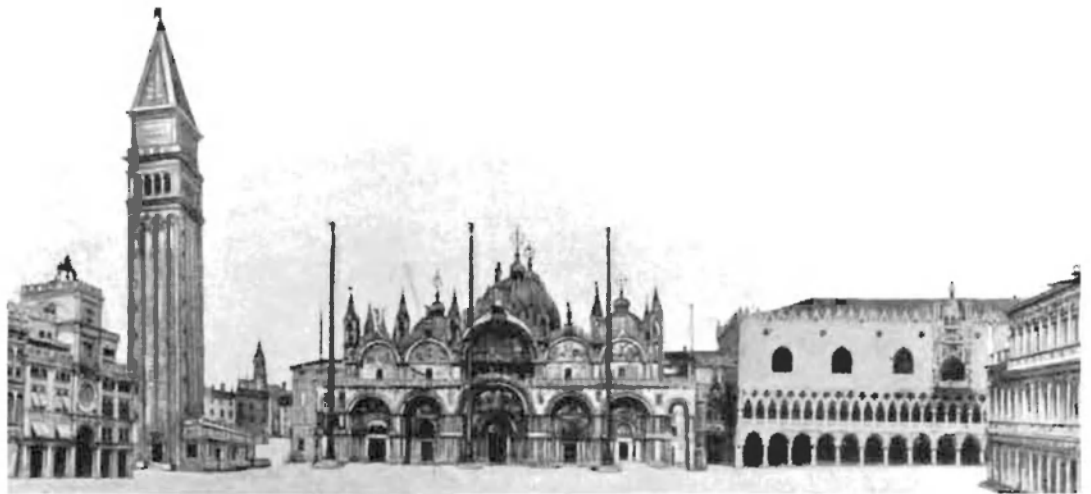
Afortunadamente para entonces no había legislación ni cartas internacionales a las que nadie hace caso o que hubieran prohibido tal reconstrucción. En otras palabras, se hizo lo que razonablemente parecía que debía hacerse partiendo del caso concreto del *campanile* ve-



Portada de La Domenica del Corriere, informando del desastre del campanile de Venecia, 27 de julio de 1902.

neciano y sin el menor asomo de protagonismo narcisista por parte de sus *restauradores*, cuyos nombres injustamente nadie conoce o recuerda entre nosotros (Boni, Beltrami y la competente comisión presidida por Gaetano Moretti). Es un falso histórico, dirán los fariseos puristas pero ¿qué es la verdad en arquitectura? Como me aburren profundamente los argumentos de quienes han hecho de la restauración un debate de salón y congresos, estéril, autocomplaciente e interesado, dejaré a un lado estas cuestiones para resumir brevemente las peripecias que conoció su compleja reconstrucción sin poderme referir aquí a los interesantes aspectos técnicos.

Afán por “mejorar”. La ruina del *campanile* de San Marcos conmocionó a medio mundo y fueron muchos los que opinaron sobre su futuro, proponiendo unos que se reconstruyese en estilo gótico (Dear), otros en un estilo ecléctico de base románica (Collamarini), pero sobre todas estas propuestas tuvo mayor eco, por su autoridad, la opinión del gran arquitecto Otto Wagner quien manifestó que su reconstrucción no debía seguir estilo histórico alguno sino el moderno. Dicho esto en 1902 por el padre de la *Secession* vienesa dio lugar a curiosas caricaturas como la de Graetz, que proponía un *campanile* modernista



nos para llevar a buen fin la obra de su reconstrucción. Pero por si fuera poco, Wagner proponía también cambiar de lugar el *campanile* para despejar la plaza, lo cual prueba, una vez más, que hasta los grandes hombres se equivocan alguna vez. El enfermizo afán de “mejorar”

Políticos y arquitectos decidieron que el *campanile* se reconstruyera *como era y donde estaba*

cuyo estilo contagia también a la fachada de San Marcos, tratada como el conocido pabellón de la *Secession* de Olbrich en Viena (1897-98). Más allá de esta *boutade* gráfica, las palabras de Wagner fueron muy impopulares en Italia, pues el arquitecto dudaba de la capacidad de los técnicos italia-

la arquitectura trastocando lo que históricamente hemos heredado como bien cultural consolidado, llevó a Wagner, y a otros en su línea, a colocar en diversos lugares el pobre *campanile*, como si fuera un mueble que estorba, para dejar despejada la plaza (!). Pero Italia, que en estas cues-

Fotomontaje resituando el *campanile* en el lado opuesto de la plaza y dibujo de Graetz sobre la hipótesis de Otto Wagner para una reconstrucción de estilo moderno.

iones venía manteniendo a lo largo del siglo XIX un especial sentido común desde que en 1821 Valadier restaurara el Arco de Tito en Roma, vivía entonces la sensatez proclamada por Boito en relación con la conservación y restauración de los monumentos italianos. Aquello debió de pesar en políticos, arquitectos e ingenieros para que se reconstruyera el viejo *campanile* *com'era e dov'era*, esto es, como era y donde estaba.

Las causas. Esta expresión se convirtió en una suerte de consigna o grito de guerra que animó a cuantos participaron en aquella tarea, desde el complejo proceso constructivo de la

en que quedó pulverizada la célebre *Madonna* en terracota de Sansovino.

El vecino Palacio Ducal, que se convirtió así en un improvisado taller de restauración entre 1902 y 1912, albergó en su Sala del Escrutinio una excelente exposición (1992) recogiendo estos y otros muchos aspectos, siendo apasionante el de las causas del hundimiento. Este no fue casual sino causal, es decir, no se hundió porque el terreno no fuera firme en aquella ciudad sobre el agua, pues, contra lo que pudiera parecer, ni el *campanile* ni San Marcos tienen el suelo de la catedral de México (“en una laguna”); no hubo tampoco un rayo, ni un terremoto que, como el de Lisboa de 1755, se dejó sentir fuertemente en esta plaza, según nos cuenta Casanova, sino que parece poco menos que probado que el desencadenante de la ruina del *campanile* –que padecía ya una arteriosclerosis declarada– fue una obra poco afortunada que debilitó su estructura al seccionar parte importante de su caña a la altura de la terraza de la *Loggetta*. Es decir, por una acción indebida. Habitualmente, los edificios no se caen si no se les empuja. Recuérdese el triste caso de la *Torre Nueva* de Zaragoza que, pese a su inclinación, hubo de ser derribada en 1982 para que se cayera.